



VUELA, HOJA, VUELA...

VII CONCURSO DE CUENTOS REPSOL S. A.

PRIMER PREMIO EN LENGUA CASTELLANA

Autora: Alma María Enriquez Asín

AÑO 1994

Vuela, hoja, vuela...

Aún cuando había esperado mucho tiempo al oír esta frase, Hoja sintió que su savia se le helaba. Sin tener valor para decirle adiós a su madre Rama, voló. Abandonarla fue como partirse en dos.

Lo habían hablado muchas veces; pero nunca pensó que sería tan difícil. Realmente partir significaba morir un poco y ella había comenzado a perder la vida. Una fuerte sensación de frío le hizo salir de sus reflexiones. La noche era gélida. Cuando hay soledad el frío se hace más intenso. Se acercó a un grupo de hojas. También estaban heladas. El calor que surge del cariño de cada día no existía entre ellas; no obstante, se agrupaban en un afán de sentirse arropadas.

El sol de la mañana surgió a través de las finas cortinas de niebla. Hoja se fijó en los transeúntes mañaneros. Andaban con prisa, algo alocados, diría ella. Los hombres eran tan bruscos... Se empujaban, se gritaban desde sus coches, incluso había algunos que se insultaban.

¡Las hojas eran tan diferentes! Ellas se acariciaban, se susurraban... Nunca se les hubiera ocurrido saltarse una cola. Cada una ocupaba su lugar.

El sol se hizo más fuerte y Hoja sintió un bienestar repentino.

Oyó voces infantiles y se acercó. Tenía la ilusión de que los niños que corrían fuesen aquellos que veía cuan-

do estaba con sus hermanas. No eran ellos, pero no importaba, todos los niños son iguales, todos tienen la inocencia en sus ojos.

Cu cu, cantaba la rana... Tres, dos y una...

Saltaban y corrían. Jugaban a reyes, a héroes, a ser papá y mamá

Sueños de niños, quimeras que se atreven a ser realidad.

Pensó que si no fuese verde hoja, le gustaría ser niño, o mejor niña.

Sin apenas darse cuenta se vió inmersa en otra escena. Eran los jóvenes. Ayer habían sido niños y por ello todavía en sus ojos brillaba una luz. Hablaban en alto y reían. Parecía tan felices...

Ellos, a su modo, también jugaban. Jugaban a ser médicos, abogados, enfermeras... Juegos que un día llegarían a formar parte de su vida.

Algunos podrían decir que estaban vacíos; pero ellos eran como las caracolas de mar, a pesar de que no se percibía, llevaban su música dentro.

Hoja se sobresaltó al ver unos cuantos jóvenes tendidos en el suelo. También tenían luz en los ojos, mas brillaba artificialmente. Recordó las lágrimas vertidas por una madre a los pies de abuelo Tronco.

Los árboles escuchan y quedan con los secretos entre las raíces.

En aquella ocasión le hubiera gustado hablar para consolar a la madre.

El abuelo no entendía de drogas; pero sí había aprendido a conocer el dolor humano y a darse cuenta de que a quien tomaba aquella sustancia la vida se le iba entre sueños absurdos, entre pesadillas.

Voló lentamente. Da pena parar.

En un gastado banco vio a dos ancianos. Sintió cariño por ellos. No eran como abuelo Tronco y no obstante se lo recordaban. Sus movimientos eran lentos, parecía que en cualquier momento también se quedarían inmóviles.

Apenas ya podían ver. Los ancianos tienen tanto que mirar dentro de sí que ya no perciben lo de afuera.

Pensó que les resultaría difícil vivir; pero a los humanos también les resulta difícil morir.

Hoja sentía que su cansancio iba en aumento. Su tersa y verde piel se había tornado áspera y amarillenta.

Suspiró: ¡Qué complicados son los hombres! La vida les da mucho y ellos continúan pidiendo más.

Es esta ambición la que no les permite ser felices. Si verdaderamente fuesen inteligentes lo comprenderían.

Las plantas somos tan distintas... Un poco de sol, algo de lluvia y ya está.

Es cierto que a veces nos enfadamos con el viento; pero es que en ocasiones es tan molesto.

Una vieja canción la hizo salir de sus pensamientos.
«Los cochinillos, se van a la cama...».

Era una madre que cantaba a sus pequeños.

Se acercó a la ventana para verlos.

Recordó cuando madre Rama les cantaba a ella y a sus hermanas. ¡Era tan hermoso! ¡Había tanta ternura en aquella canción!

El sol ya había cerrado los ojos y la madre quería que sus hijos hiciesen lo mismo. El día había sido agotador para ella.

–¿Mamá, cuantas son cinco por cinco?

–¿Mamá, hora se escribe con h?

–Mamá, mamá, mamá.

Los niños preguntaban y ella contestaba. Los hijos piensan que su madre tiene siempre respuesta para todo.

Les leyó un cuento, y uno a uno, o tal vez todos a la vez, se fueron quedando dormidos.

La luz se apagó y Hoja se dejó caer sobre el helado jardín.

Había muchas hojas...

En la oscuridad no pudo verlas; pero por el tacto notó que estaban cansadas como ella.

A la mañana siguiente el hombre de la casa salió a recoger las hojas.

Al entrar en el hogar vio a los niños alrededor de la chimenea.

¡Estaban tan contentos!...

Era el primer día en que iba a encenderla en aquel otoño. Para ellos era un rito, una fiesta.

Al caer sobre el fuego, Hoja sintió en su cuerpecillo una sensación similar a la que sintiera en aquel verano que su amigo el sol «apretó fuerte» (así lo dijeron los campesinos).

Sabía que en un momento no sería nada en esta vida, si acaso, un poco de ceniza entre un montón de ceniza.

No le importaba, se sentía dichosa.

Sí, era feliz porque había visto de cerca la risa de un niño y porque tenía la esperanza de que su alma fuese a donde van las de aquellos que mueren siendo como niños.